

EL TEXTO LITERARIO,
PRODUCTO DE INTERACCIÓN VERBAL
TEORÍA DEL ENUNCIADO EN M. BAJTÍN

“La lengua, la palabra lo es casi todo en la vida humana. Pero no se debe pensar que esta realidad que abarca todo y que es tan heterogénea pueda ser objeto tan sólo de la lingüística y que haya de comprenderse únicamente a través de la metodología lingüística.

El objeto de la lingüística es el material, los recursos de la comunicación discursiva en sí, mas no la misma comunicación discursiva, no los enunciados en su esencia, no las relaciones (dialógicas) entre los enunciados, ni tampoco las formas de la comunicación discursiva o los géneros discursivos.”

Bajtín, “El problema del texto en lingüística, filología y otras ciencias humanas”.

En 1921 V. Shklovski escribió en uno de sus primeros trabajos: “La forma artística se da fuera de toda motivación, simplemente como tal.” Sin embargo todos sabemos de alguna manera que una obra literaria es algo que tiene que ver con las motivaciones externas, con los valores éticos, estéticos, morales, didácticos, emocionales, personales y sociales y otros igualmente difíciles de formalizar pero que, sin embargo, son su razón de ser. Pero precisamente, por la misma dificultad para describir el funcionamiento de estos valores de una manera rigurosa, objetiva, sistemática, exhaustiva, digamos científica, su estudio no resulta ser muy popular. Preferimos ir a lo que se preste a la descripción, a la formalización, o sea estudiamos los elementos y las estructu-

ras permanentes, reconocibles, repetibles: las formas lingüísticas, las estructuras fijas, los modelos generales, y olvidamos lo que es individual, lo peculiar, único en una obra artística, o lo definimos de una manera arbitraria. Por lo demás, hay que reconocer que la tarea no es sencilla. Por otra parte, el enfoque lingüístico, es decir, la metodología de la lingüística aplicada al análisis del texto literario, ya ha dado resultados valiosos y a menudo descubre en un texto matices insospechados. Los métodos aportados por la lingüística al análisis literario sin embargo, a pesar de su funcionalidad, no pueden agotar la riqueza de un texto artístico ni explicar su finalidad última. Otros enfoques legítimos, por ejemplo el sociológico, el psicoanalítico, a pesar de sus también valiosas aportaciones, vislumbran lo literario en función de algún otro campo de estudio y con fines extrínsecos al estudio de las letras.

El enfoque que trato de describir aquí permite aproximarnos un poco más a lo que es la razón de la existencia y al funcionamiento social efectivo del texto literario. Se trata del análisis de un texto como enunciado, es decir, como producto de interacción discursiva.

Quiero subrayar el carácter parcial y fragmentario de esta teoría. Las ideas de Bajtín, a pesar de toda su variedad, forman un todo: es un campo de problemas contiguos que durante un largo período de tiempo fueron enfocados desde varios puntos de vista, sin haber elaborado el autor una terminología fija. En muchas ocasiones nombra una misma cosa con diferentes términos (por ejemplo, en 1929 llama "tema" del discurso lo que a partir de más o menos 1935 llamaría "sentido"), y al contrario, con un mismo término a veces llamaba diferentes cosas (palabra: discurso, enunciado, arte literario, etcétera). El campo general y las direcciones en que trabajó Bajtín son ya bastante conocidos: la filosofía del lenguaje, la teoría del carnaval, la poética histórica, el dialogismo y la translingüística, y otros. El problema que aquí se analiza tiene que ver estrictamente con el campo de la translingüística; es decir, con los problemas del discurso en general que trascienden el marco de la lingüística.

Básicamente, son los que conciernen al modelo de la comunicación discursiva. En el modelo de Saussure:

DESTINADOR mensaje DESTINATARIO

Bajtín propone, por principio, que no se considere el mensaje tan sólo como producido entre estas dos instancias, sino que se vea como un eslabón en toda una cadena de mensajes producidos antes y después del momento concreto de la comunicación.

Tiene un concepto del proceso de la enunciación que va más allá de las consideraciones lingüísticas. Las teorías de la enunciación se ocupan del estudio de las formas lingüísticas correspondientes al acto de enunciación. Para Benveniste, "la enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización".¹

Ducrot y Todorov, en un determinado momento, señalaron que las teorías de la enunciación consideran "los elementos que pertenecen al código de la lengua y cuyo sentido, sin embargo, depende de los factores que varían de una enunciación a otra".² En estas dos citas se manifiestan dos puntos de partida: 1) la enunciación es el proceso individual de realización del sistema de la lengua; 2) el código de la lengua dispone de recursos esenciales para el funcionamiento del discurso. Desde luego Benveniste, en un principio, considera en la enunciación tanto al destinador como al destinatario, y Todorov el día de hoy ya está bastante inmerso en la problemática del "otro", en relación con el proceso discursivo. Sin embargo, de hecho, los dos puntos mencionados hasta ahora fundamentan las aproximaciones al fenómeno discursivo. El mismo Jakobson en sus análisis del proceso discursivo de hecho se apoyó en estos dos principios, a pesar de que ya en 1952 escribió:

la realidad fundamental con la que un lingüista se enfrenta es la interlocución: el intercambio de mensajes entre emisor

¹ E. Benveniste, *Problemas de lingüística general*, II, México, Siglo XXI, 1979, p. 83.

² O. Ducrot y T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, p. 364.

y receptor, entre destinador y destinatario, entre codificador y decodificador [...] El discurso individual no se da sin un intercambio. No hay emisor sin receptor [...] En cuanto, al llamado discurso interior, no exteriorizado, no emitido, no pasa de ser un sucedáneo elíptico y alusivo del discurso más explícito y formulado. Es más, el diálogo se halla a la base incluso del discurso interior, como se ha demostrado, de Peirce a Vygotski.³

Sin embargo, tampoco Jakobson considera al destinatario como una instancia activa en la producción del mensaje. Para aclarar qué es lo que quiero decir, empezaré por donde empieza Bajtín.

Quiero señalar, entre paréntesis, que en esta exposición habrá muchos momentos afines con otros autores (Foucault, Lotman, Benveniste, Jakobson); además, algunas de las ideas bajtinianas dispersas por toda su obra ya han sido aprovechadas y desarrolladas por sus seguidores. El conjunto principal de la teoría que se expone a continuación se plasmó entre 1925 y 1953, a pesar de que varios de sus puntos fueron desarrollados y precisados posteriormente por el autor.

El modelo del intercambio discursivo elaborado por Bajtín implica una delimitación precisa entre los conceptos de *lengua* y *discurso*. La lengua como sistema estable de formas normativamente idénticas no es para él sino una abstracción científica, productiva sólo en relación con ciertos objetivos particulares, teóricos y prácticos, abstracción que no se ajusta a la realidad concreta del lenguaje. El lenguaje es la realidad concreta del habla, concebida como un intercambio comunicativo. El resultado de este intercambio, su unidad mínima, es el enunciado, una totalidad de sentido creada tanto por el destinador como por el destinatario y vista tan sólo como un eslabón en la cadena comunicativa formada por series de sentidos relacionados entre sí.

Al concepto científico o ideológico⁴ de la lengua, Bajtín

³ R. Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975, pp. 20-21.

⁴ La lengua como sistema, en Saussure, o como estructura, en las corrientes posteriores, es, para Bajtín, un concepto científico de la lengua. Visto así el concepto de lengua viene a ser una herramienta

opone el de la pluralidad discursiva, la forma empírica de existencia de la lengua, que se definiría como una estratificación interior de una lengua nacional única en dialectos sociales, modos de ser de grupo, jergas profesionales, lenguajes de géneros discursivos⁵ y literarios, lenguajes de generaciones y edades, lenguajes de corrientes ideológicas, políticas, literarias, lenguajes de círculos y de modas de un día, lenguajes de días y hasta de horas sociopolíticas, etcétera. Todas estas variedades, en cuanto se reconocen como pertenecientes a un grupo social identificable, son lenguajes sociales. Un lenguaje social, según Bajtín no es un conjunto de marcas lingüísticas que identifican una lengua frente a otras, sino una totalidad concreta de indicios que se realizan dentro del marco de una lengua única, y que se define por trasposiciones semánticas, selecciones léxicas, y en parte también por la sintaxis; se trata de un horizonte lingüístico social concreto, consciente de su distinción, dentro de los límites de una lengua.

El discurso, de este modo, resulta ser una realización de los lenguajes sociales en un proceso comunicativo concreto. Con base en estos presupuestos teóricos, Bajtín propone observar el proceso del intercambio verbal. Cualquier actividad verbal está inscrita en un proceso comunicativo; un acto verbal individual es una contradicción terminológica, pues siempre dirigimos la palabra a otro, no importa de qué manera haya que definirlo. Tampoco hablamos en el vacío, ni inventamos prácticamente nada en el lenguaje, más bien en cualquier manifestación verbal aprovechamos de diferen-

teórica útil para conocer la realidad del lenguaje pero no es su realidad misma, sino una abstracción. La lengua como concepto ideológico, según Bajtín, se maneja desde la aparición del Estado para una justificación de su existencia (la lengua, fundamento de la unidad nacional). Cuán relativo y poco estable es este último concepto, se ve en el siguiente ejemplo. La lengua rumana, con su conjunto de dialectos, se concibe, sin embargo, como única hasta 1940, cuando la región de Moldavia se une a la Unión Soviética. Desde entonces, el dialecto moldavo de la lengua rumana se considera lengua autónoma, al punto de crearse un nuevo alfabeto basado en el cirílico, en oposición a la escritura latina que se usa en Rumania.

⁵ Ver *infra.*, p. 191.

tes maneras lo que se había dicho antes de nosotros por los otros. Así todo discurso, por principio, es discurso citado. El momento creativo en la lengua también es posible tan sólo gracias a la existencia de un contexto lingüístico previo a nosotros. Somos seres socialmente determinados, lo cual deja las marcas correspondientes en nuestro discurso. Pero cada proceso concreto de realización verbal está inscrito en unas circunstancias únicas a varios niveles: situaciones sociales, verbales, fisiológicas y otras, que definen, en última instancia, el sentido de nuestras emisiones verbales como algo único e irrepetible.

Trataré de formalizar, de acuerdo con la teoría de Bajtín, las múltiples instancias que influyen en un proceso de la enunciación concreta, y forman parte de él.

Benveniste propone considerar de manera sucesiva en la enunciación el acto mismo, las situaciones donde se realiza y los instrumentos que la consuman.

De hecho, en un análisis del proceso de la enunciación se consideran el primero y el tercero de estos puntos; y en cuanto al segundo, la situación dialógica tan sólo se plantea como la existencia necesaria del otro (en Jakobson,⁶ en Benveniste). Sin restarle importancia a la realización efectiva de la lengua en la enunciación y a los instrumentos lingüísticos que la hacen funcionar, Bajtín pone el acento sobre la situación dialógica concreta en la que se produce el enunciado.

La comunicación discursiva que se realiza, de acuerdo con Jakobson, entre un destinador y un destinatario, implica varias instancias que son, como ya lo sabemos, las siguientes:

1. Contacto;
2. Código;
3. Contexto y, como finalidad y producto;
4. Mensaje.

Todas estas instancias son las que determinan la com-

⁶ Es sabido que Jakobson se refiere al esquema comunicativo para definir las funciones generales de la lengua, pero sin tomar en consideración la importancia de la situación concreta del diálogo.

prensión y, por tanto, la efectividad de la comunicación. Para Bajtín, sin embargo, sería ésta tan sólo una primera etapa del proceso, que asegura una comprensión pasiva del mensaje, o reconocimiento del sistema signico de la lengua y del significado fijo del mensaje; éste sería el nivel semiótico de la comunicación. Tan sólo el contexto nos remite a otras realidades que influyen en la efectividad del proceso comunicativo; pero, para Jakobson, ese contexto sería sólo algo que determina la selección de un significado entre varias opciones que propone el código, o sea, el contexto es algo que fija la selección del significado. Mientras tanto, Bajtín evoca otro nivel de comprensión, la activa, que se hace efectiva tan sólo si se toman en cuenta las instancias translingüísticas de la comunicación. En la comprensión activa se hace efectivo el sentido del intercambio verbal, que actúa a nivel semántico de la lengua, en sentido amplio.

Para Bajtín, un proceso discursivo implica necesariamente cuando menos a dos sujetos hablantes, o sea, una situación dialógica activa en la cual el enunciado, que es un resultado mínimo del proceso, es afectado por la participación de los dos. La diferencia clara entre el planteamiento bajtiniano y los esquemas de comunicación verbal que proponen otros autores (a partir de Saussure y hasta el R. Jakobson de los años sesenta y Benveniste) radica en el papel activo que Bajtín atribuye al "receptor", "oyente", "destinatario", "descodificador" de otros esquemas donde su papel resulta pasivo en el sentido de que no afecta el enunciado que, de esta manera, se ve como resultado de un acto verbal individual. Dice Bajtín:

El oyente, percibiendo y comprendiendo el significado lingüístico del discurso, ocupa en relación con éste una activa postura de respuesta: está de acuerdo o no (total o parcialmente) con el enunciado, la completa, lo aplica, se prepara a una ejecución, si se trata de una orden, etcétera, y esta postura de respuesta del oyente está en formación a lo largo de todo el proceso de audición y comprensión desde el principio...⁷

⁷ M. Bajtín, *Estética de la creación verbal*, Moscú, Iskusstvo, 1979, p. 246. (En ruso, traducción mía.)

Toda comprensión de un discurso concreto se plantea como una respuesta activa (con grados muy variados de participación del destinatario) y de hecho prefigura la respuesta real. El hablante de alguna manera siempre prevé (correctamente o no) el sentido de la respuesta posible, lo cual lo hace modificar de una determinada manera su emisión verbal y ajustarla de acuerdo con los fines que piensa lograr realizándola; lo que nace de esta situación dialógica concreta es el enunciado, una totalidad del sentido, delimitada por el cambio de los sujetos discursivos y de hecho creada en un intercambio verbal tanto por el hablante como por el oyente, concebidos siempre como sujetos activos del discurso.

Así, Bajtín marca la diferencia entre el enunciado como unidad del discurso frente a las unidades de la lengua que serían oraciones, frases, proposiciones, etcétera, analizables a partir del nivel sintáctico. El resultado del funcionamiento de una unidad de la lengua sería el significado abstracto de una oración, no relacionado con ningún contexto real, por ejemplo: "El perro corre". Este "enunciado bimembre", de acuerdo con las normas de una determinada lengua, puede ser traducido, puede ser reconocido por una persona para quien esta lengua no sea la materna, puede ser interpretado de acuerdo con diferentes significaciones que puede conferirle la lengua (las connotaciones que implica una entrada del diccionario). La misma oración puede ser analizada gramatical o semánticamente en relación con un contexto abstracto, es decir textual y no discursivo. Pero una vez ubicada dentro de una cadena discursiva, implicados dos sujetos hablantes concretos —una situación dialógica concreta— esta oración se convertiría en enunciado y adquiriría un sentido que en una situación discursiva distinta puede ser absolutamente contrario al primero o puede transmitir un sinnúmero de matices. Así, la oración se convertiría, de una unidad lingüística, en una unidad del discurso.

La situación dialógica es lo que, en primer lugar, confiere estatuto de enunciado a cualquier emisión verbal. El diálogo es una forma clásica de la comunicación discursiva. Las relaciones que existen entre las réplicas de un diálogo

(pregunta-respuesta, afirmación-objeción, orden-cumplimiento) son imposibles de establecer entre las unidades de la lengua (palabras y sus elementos y oraciones). Tales relaciones específicas, que se establecen entre las réplicas de un diálogo, son relaciones entre los enunciados enteros en proceso de una comunicación discursiva y sólo son posibles entre los enunciados de diversos sujetos discursivos: esas relaciones presuponen la existencia de otros, en relación con el hablante, miembros de la comunicación discursiva. Esta clase de relaciones no se contraen entre las unidades de lengua, y no solamente dentro del sistema de la lengua, sino dentro del enunciado mismo. (¿Qué relación afectiva, o de respuesta, o de contestación existe entre el sujeto y el predicado, entre los morfemas de una palabra o entre los fonemas que no tienen otro valor sino distintivo dentro del marco de la lengua?) Tampoco las oraciones, que se analizan como unidades más grandes dentro del sistema de la lengua, contraen como tales ninguna relación dialógica con otras oraciones, aunque sí lógica, siempre y cuando la oración o conjunto de oraciones no adquiera rasgos de una totalidad de sentido, o sea, no llegue a ser un enunciado. Es muy fácil conferirle a una oración el estatuto del enunciado, atribuirle una totalidad de sentido, sacándola de un contexto, pero esto sería una aberración, porque tal operación sólo sería lícita en el caso de que estemos seguros de que el hablante haya dicho con esta oración todo lo que hubiese querido decir en relación con el enunciado anterior y orientándose hacia una posible respuesta de su interlocutor.

Así pues, todo enunciado sólo puede ser visto como tal cuando se le analiza como un eslabón en toda una cadena de comunicación discursiva. Así su sentido aparecerá como determinado por múltiples factores que no actúan dentro del sistema de la lengua sino que importan dentro de un marco discursivo concreto y son de carácter distinto: para su análisis deben tomarse en cuenta diversos aspectos; ante todo, las complejas determinaciones sociales e ideológicas que prefiguran y moldean nuestro discurso.

Para Bajtín, todo enunciado es individual y hasta irrepetible, dadas las condiciones únicas de cada proceso de enun-

ciación, y sin embargo, la constitución de los enunciados y algunos de sus aspectos formales obedecen a ciertos criterios fijos que funcionan en el ambiente pluridiscursivo de los lenguajes sociales. En esta relación se introduce el concepto de *género discursivo*. Bajtín parte del hecho de que las múltiples esferas de la praxis están relacionadas con los usos particulares de la lengua.⁸ El uso de la lengua se realiza en forma de enunciados separados y concretos (orales y escritos) que pertenecen a los participantes de la praxis. Los enunciados relacionados con una concreta esfera de la praxis se caracterizan por su contenido (tema), su estilo y su composición o estructura específicas. Los tres momentos están fundidos en la totalidad del enunciado y están igualmente determinados por la especificidad de la esfera de comunicación dada. Los tipos relativamente estables de enunciados que elabora cada esfera de uso de la lengua son precisamente los géneros discursivos. Los límites de los géneros discursivos no son fijos ni rígidos sino fluctuantes y permiten su participación en un proceso continuo de generación de la lengua.

Entre estos tipos relativamente estables de enunciados que son los géneros discursivos, Bajtín distingue los enunciados primarios y secundarios. Los géneros primarios o simples surgen en condiciones de una comunicación discursiva directa. Surgen de un contacto inmediato con la realidad y se relacionan de una manera directa con los enunciados reales de otros. Estos géneros discursivos primarios forman parte de los géneros discursivos complejos o secundarios; estos últimos (novelas, dramas, investigaciones científicas de toda clase, grandes géneros periodísticos, etcétera) surgen en las condiciones de una comunicación cultural, eminentemente escrita, más compleja, organizada y desarrollada de una manera relativamente más alta: es comunicación artística, científica, sociopolítica, etcétera. Durante su proceso de formación estos géneros secundarios absorben y reelaboran toda clase de géneros primarios (simples) que se transfor-

⁸ El concepto de género discursivo revela una afinidad con las ideas de Foucault en *Arqueología del saber* (1969); el texto bajtiniiano *Problemas de los géneros discursivos* fue redactado hacia 1953-54.

man dentro de un género secundario⁹ y adquieren un carácter mediato: pierden su vínculo directo con la realidad y con los enunciados reales de otros, conservan su forma y significado cotidiano sólo dentro del contenido total del género que los abarca, forman parte de la realidad a través de la totalidad del género (por ejemplo, de una novela como acontecimiento artístico y no cotidiano). La novela en su totalidad, para Bajtín, es un enunciado, igual que las réplicas de un diálogo cotidiano o una carta particular (tiene una naturaleza común con éstos), pero, a diferencia de una carta o de una réplica, la novela, por ejemplo, es un enunciado complejo o secundario.

El momento temático (pragmático) y el de la relación que se establece entre el enunciado analizado y los enunciados de otros, son criterios según los cuales podrían determinarse los géneros discursivos de una manera más o menos directa. Es de notarse que, como he dicho, esta clase de relaciones no se da en los niveles de la lengua, ni sintáctico, ni morfológico, ni fonológico. Podría decirse que tampoco a nivel semántico, tal como se concibe dentro de los límites del sistema de la lengua, que, por cierto, discrimina lo semántico como difícilmente estructurable, por falta de criterios fijos para su determinación. Y es comprensible porque precisamente la definición de lo semántico se sitúa sobre la frontera fluctuante entre el sistema de la lengua y el discurso. Como parte del sistema de la lengua, los aspectos léxicos adquieren un nivel de abstracción suficiente para constituir entradas de un diccionario, por ejemplo. Pero en la práctica no hablamos con base en las palabras o expresiones extraídas de un lexicón, sino que aprovechamos casi siempre los enunciados que hemos oído de *otros*. Esto, por cier-

⁹ Cfr. El trabajo de Marlene Rall "El discurso repetido" que aparece en este número. Los discursos "citados" o "repetidos" serían, para Bajtín, los "géneros discursivos" aplicables a determinadas esferas de la praxis. Es más, en un principio todo discurso, según el esquema de Bajtín, es, en cierta medida, un discurso repetido. Las expresiones fraseológicas que cita Marlene Rall no tienen función propia (abstracta) dentro del enunciado total que es su estudio, sino que contribuyen a darle un sentido; su función específica es auxiliar y no autónoma.

to, puede ser comprobado en diferentes instancias. En el proceso de la adquisición del lenguaje, el niño no opera con palabras ni oraciones, sino con sentidos totales que percibe dentro de la comunicación discursiva concreta en que está sumergido desde su nacimiento. Por otra parte, a un extranjero que aprendió una lengua le es muy difícil actualizar sus conocimientos léxicos e inclusive sintácticos sin conocer la realidad discursiva de la lengua en cuestión: por lo general, si aprende en forma pasiva y descontextualizada, adquiere un conocimiento abstracto de una lengua ideal que a menudo no corresponde a los usos sociales que son los que importan para establecer una comunicación efectiva. Así, pues, lo semántico en tanto que la realización concreta del discurso tampoco es alcanzable a nivel de la lengua.

¿Qué otras características del enunciado lo distinguen de las unidades de la lengua (por ejemplo, oraciones)? En primer lugar, el momento expresivo, que es la actitud valorativa del hablante hacia el objeto de su discurso. Bajtín se pregunta si el momento expresivo puede considerarse como fenómeno de la lengua como sistema. La lengua como sistema posee un rico arsenal de medios lingüísticos (léxicos, morfológicos, sintácticos) para expresar una postura emocional o evaluativa del hablante pero aquí sucede lo mismo que cuando nos enfrentamos a un diccionario: hay una posibilidad infinita para conferirle sentidos diferentes a una oración, giro o palabra marcadas estilísticamente a nivel lingüístico, y sólo el sentido de la totalidad del enunciado determina el significado correcto de un recurso marcado a nivel de la lengua: estos recursos son absolutamente *neutrales* en relación con cualquier valoración real determinada. Las palabras no son de nadie, en sí mismas no evalúan nada, pero se prestan a cualquier hablante y a cualquier evaluación de los hablantes, a veces totalmente opuestas.

Así, pues, la entonación expresiva es un rasgo constitutivo del enunciado. No existe dentro del sistema de la lengua, es decir, fuera del enunciado. Desde luego, la entonación expresiva es percibida por nosotros y existe como recurso estilístico en una lectura silenciosa del discurso escrito, pero este efecto es producido por la totalidad del texto.

Tanto la palabra como la oración en tanto que unidades de la lengua carecen de entonación expresiva, y si se pronuncian con acento expresivo ya no son palabra ni oración sino un enunciado completo. En tales casos no estamos frente a la palabra como unidad de la lengua ni frente a su significado, sino frente a un enunciado completo con un sentido completo.

El momento expresivo como característica del enunciado está estrechamente vinculado al problema del estilo. Según se concibe la cuestión tradicionalmente, cada palabra en sí misma puede tener o tiene un matiz estilístico, un momento valorativo, un tono emotivo, una marca estilística, etcétera. Comúnmente se piensa que al escoger palabras para un enunciado nos orientamos hacia la marca emotiva propia de una palabra determinada, que elegimos las palabras que según su tono corresponderían a la expresividad de nuestro enunciado y que rechazamos otras; así conciben los poetas su trabajo sobre la palabra y así interpreta este proceso la estilística. En realidad, lo que sucede es que al escoger nuestro vocabulario partimos de la totalidad de nuestro enunciado supuesto. Lo que determina el momento expresivo de nuestro enunciado es su contacto con la realidad concreta. El contacto que se produce entre el significado lingüístico y la realidad genera el momento expresivo que no existe ni en el sistema de la lengua ni en la realidad objetiva fuera de nosotros.

Ya hablé del papel volitivo del destinatario en la conformación del enunciado. El destinatario es un primer y concreto *otro* con el que nos enfrentamos en una situación dialógica concreta. La instancia expresiva y la estilística del enunciado están relacionados de una manera directa con la participación del otro, de su contestación real o posible. Pero el mismo hablante es un interlocutor también, porque no es el primero que habla, ni habla en el espacio vacío, no supone en su enunciado tan sólo la existencia del sistema de la lengua que le permite hablar, sino que cuenta con la existencia de los enunciados anteriores, tanto suyos como ajenos, con los cuales su enunciado actual contrae relacio-

nes dialógicas de toda clase (de apoyo, de polémica y otras). De este modo, nuestro propio discurso siempre está lleno de enunciados de otros, que comportan su propia expresividad y su tono evaluativo a nuestro enunciado. La visión del mundo, los puntos de vista, las opiniones; en el campo de la literatura, las escuelas y corrientes literarias, por ejemplo, todos estos conceptos pueden ser expresados como discursos. Al penetrar en nuestro enunciado, resultan ser discurso ajeno dentro de nuestro propio discurso, con diferente grado de asimilación, valoración, reacentuación. En estos casos se percibe en el enunciado un lejano eco del cambio de los sujetos discursivos, no a nivel pragmático de una situación dialógica actualizada, sino como reflejos de un diálogo implícito. Este último matiz se refiere directamente a los enunciados literarios.

A la luz de todo lo mencionado, la característica esencial del enunciado es su orientación hacia alguien, y no solamente hacia un destinatario concreto, sino hacia otros que podríamos llamar destinatarios virtuales. En cuanto al enunciado como género discursivo, el destinatario puede aparecer como participante de un diálogo cotidiano, puede ser un colectivo diferenciado de especialistas en alguna esfera de comunicación cultural (como es el caso de la situación dialógica presente), puede ser un público más o menos diferenciado, el pueblo, los contemporáneos, los compañeros, los adversarios o enemigos, los subordinados, los jefes de todo nivel; a veces el destinatario aparece como totalmente indefinido, como un otro no concretizado (en los enunciados monológicos emocionales de todo tipo).¹⁰ Todos estos tipos y concepciones de destinatario se determinan por aquella esfera de la praxis a que se refiere un enunciado concreto. El hecho de contar con un destinatario y el de prefigurar la respuesta es un recurso que aporta un dramatismo interno al enunciado del cual carece totalmente la oración concebida como unidad de la lengua.

¹⁰ No es el lugar apropiado para hablar de la problemática del otro en el psicoanálisis; en este caso sólo observaré que esta problemática podría incorporarse en la teoría bajtiniana del discurso.

Para resumir rápidamente haré un total de las características que comportan a una expresión verbal el carácter de enunciado:

1. El enunciado está delimitado por el cambio de los sujetos discursivos;
2. El enunciado tiene un carácter específicamente conclusivo determinado por los siguientes criterios:

- a) el enunciado puede ser contestado;
- b) es una totalidad porque

- es capaz de agotar el sentido de su objeto, en una situación concreta.
- pone de manifiesto la concepción que el hablante tiene del objeto del discurso, o la instancia volitiva.
- está constituido por formas genérico-composicionales típicas que lo marcan como perteneciente a un género discursivo específico.

3. El enunciado se caracteriza por la capacidad de establecer relaciones específicas con los enunciados de otros a través de:

- a) momento expresivo;
- b) momento estilístico;
- c) evaluación personal.

Todos estos momentos están presentes en cualquier enunciado concebido como una totalidad del sentido nacido en un intercambio comunicativo. Por lo tanto, el enfoque lingüístico resulta ser insuficiente para un análisis exhaustivo del discurso. Las marcas específicas que el proceso de la enunciación deja en la lengua (por ejemplo, los conmutadores jakobsonianos, o sea las unidades gramaticales que señalan el estatuto del discurso en relación con el mensaje y el código) no son lo único que puede y debe analizarse en relación con el discurso.

Los géneros literarios son, entonces, unos géneros discursivos de carácter secundario, o sea enunciados que no revelan su calidad dialógica sino indirectamente. En la práctica

nos enfrentamos a una obra literaria como a un texto (oral o escrito). El texto es por excelencia objeto de estudio de las ciencias humanas, y de todo pensamiento humanístico, nace como reflexión sobre las ideas de otros, sus voluntades, manifestaciones, signos, etcétera. Estas manifestaciones de otros son realidades que se nos presentan como textos. Bajtín se limita al análisis de los textos verbales, y todo texto verbal es emitido por un sujeto o autor y está dirigido a alguien, lo cual constituye su característica cardinal y su razón de ser; por lo tanto es analizable como enunciado. Hay varias posibilidades de enfoque para analizar un texto; el análisis lingüístico dentro de ciertos límites, con toda legitimidad pasa por alto el problema de la autoría, o el del sujeto discursivo, que es lo más importante en el análisis del enunciado. El texto puede ser interpretado como ejemplo de juicio, de razonamiento lógico, de unidad gramatical, etcétera. Si se analiza como enunciado, producto de un proceso discursivo, lo primero que debe tomarse en cuenta es el problema del sujeto. Ahora bien, ya hemos visto que el enunciado, resultado de una comunicación dialógica, revela la participación de más de un sujeto. Para empezar, Bajtín concibe el diálogo como interacción verbal entre dos sujetos cuyas marcas de participación aparecen en el enunciado que es su producto. Además, en el enunciado aparecen huellas del discurso ajeno o citado, hecho que remite a la participación indirecta de otros sujetos. El texto literario visto como enunciado planteará ante todo el problema de multiplicidad de sujetos discursivos en el momento de su emisión.

Es obvio que detrás de cada texto está el sistema de la lengua. A éste, en cada texto le corresponde todo lo que puede ser repetido y reproducido, o sea, las estructuras formales del sistema y los instrumentos mediante los cuales se vuelve posible el proceso de la enunciación, asimismo, en un texto artístico, aparecen estructuras formales específicas, lógicas y verbales, narrativas y otras, si nos abstraemos de la realidad dialógica de un texto, porque la repetición de una estructura formal no señala la repetición del sentido. Al contrario, un texto verbal visto como enunciado indivi-

dualiza a la misma repetición de estructuras formales, puesto que las circunstancias dialógicas de su producción no pueden reproducirse, como no puede repetirse dos veces un mismo diálogo de una manera idéntica: cambia la situación, cambia el sentido, aunque la expresión formal sea la misma.

El texto literario, producto de interacción verbal, se realiza por alguien y para alguien, sumergidos los dos en su circunstancia concreta. Pero, a diferencia de un enunciado primario, el texto literario presenta además otro problema que es el de la interpretación, porque su vida dura más allá de las circunstancias de su emisión. El texto se lee, se interpreta, se representa, y al problema de los dos sujetos dialógicos que lo conformaron se añade el del tercero (tercero cualitativo, no numérico, hay tantos terceros como lectores) que aporta su circunstancia particular, y muy diferente, a la constitución del sentido.

El texto literario como género presenta unas características particulares porque pone de manifiesto los rasgos reproducibles específicos que no remiten al sistema de la lengua sino a su estatuto de género discursivo, o sea, es clasificable de acuerdo con su esfera de aplicación práctica. Ya he tocado el problema de la autoría como el del sujeto discursivo; por otra parte, hay que tener en cuenta que los géneros literarios, sobre todo la novela como género discursivo secundario, suelen representar las formas de la comunicación discursiva primaria, incluyendo a los personajes convencionales de autores, narradores y destinatarios que simulan un intercambio de enunciados. Sin embargo, los géneros secundarios más complejos remiten a totalidades, enunciados únicos y reales que tienen un autor real y un destinatario real percibido como tal por el autor.

La autoría es un fenómeno que concierne tanto a los enunciados primarios como a los secundarios. Las formas externas de autoría se determinan por la selección del género discursivo, así que una misma persona real adopta diferentes formas de autoría de acuerdo con la aplicación pragmática del enunciado. Por otro lado, el género también determina al destinatario (por ejemplo, destinador: rey, jefe, juez, sacerdote, maestro, padre; destinatario: súbdito,

subordinado, consignado, discípulo, hijo). Las formas literarias de comunicación discursiva simulan estas relaciones comunicativas reales y las representan en la perspectiva del autor (perspectiva que puede ser múltiple). Esto se refiere sobre todo a la novela. El novelista es alguien que habla indirectamente, a través del discurso ajeno, quien dice lo suyo en un lenguaje ajeno y lo ajeno en su propio lenguaje.

En un enunciado primario el sentido se determina, en parte, por la clase social de los dos sujetos; en la novela estas formas también se simulan. Ya en el intercambio discursivo primario se observan tales fenómenos interesantes como el discurso familiar libre y discurso íntimo, que conciernen a la situación social de los hablantes.

Estas formas se desarrollan como oposición a las formas discursivas elaboradas en una sociedad de clases, que tienden a oficializarse; ya he mencionado los modelos de comunicación oficializados, por ejemplo, maestro-discípulo. Los géneros discursivos familiares permiten un enfoque no oficial de la realidad, contribuyen a desacralizar el lenguaje de las instituciones, suelen invertir los valores oficiales o rebajarlos. Gracias al hecho de que en los géneros familiares o libres se eliminan las prohibiciones lingüísticas, se hace posible el cuestionamiento de las cosmovisiones oficializadas. Así, para Bajtín, un lenguaje social construye y expresa a la vez una visión del mundo. Los géneros discursivos íntimos se construyen sobre la proximidad interior máxima entre los dos sujetos participantes en la comunicación. El discurso íntimo se funda en la confianza máxima del destinatario hacia el destinatario, que tienden a una fusión completa. Los géneros discursivos familiares e íntimos tuvieron una importancia crucial en la formación de la novela moderna. En el ejemplo de los estilos literarios basados en los géneros discursivos familiares e íntimos se pone de manifiesto la dependencia del estilo de la concepción que tiene el hablante de su destinatario, o sea, los géneros literarios descubren así su naturaleza de enunciado. Sin apreciar la actitud del hablante hacia el otro y sus enunciados (reales y virtuales) es imposible entender lo que es el género y el estilo literario.

He mencionado aquí las pautas principales que ofrece Bajtín para considerar un texto literario como enunciado, o sea, como una totalidad del sentido que nace de un intercambio discursivo entre dos sujetos hablantes. No es exactamente metodología, sino más bien una puesta de relieve de los problemas principales que plantea la insuficiencia del enfoque lingüístico o de cualquier propuesta de un estudio puramente intrínseco de la obra literaria. Todos de alguna manera sabemos que, a pesar de que durante un tiempo se consideraba correcto ver un texto literario como un conjunto de valores internos, sin embargo, la literatura en una gran parte se escribe teniendo en cuenta los valores extrínsecos y, ante todo, se hace para *alguien*. Aunque escribamos, según nuestro propio concepto, tan sólo para poner de manifiesto los mecanismos internos del funcionamiento y las posibilidades semánticas del lenguaje, aunque escribamos, también, tan sólo "para nosotros mismos", escribimos siempre para otros y con la participación de otros. Este es el hecho que deriva del planteamiento de un texto literario como enunciado.

TATIANA BUBNOVA

Seminario de Poética
Instituto de Investigaciones Filológicas